

MASCULINIDAD Y PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO NO ANDROCÉNTRICO. INTERPELACIONES DE LA EPISTEMOLOGÍA FEMINISTA.¹

MASCULINITY AND PRODUCTION OF NOT
ANDROCENTRIC KNOWLEDGE.
INTERPELLATIONS OF FEMINIST
EPISTEMOLOGY.

Luciano Fabbrí²

UBA-Conicet, Instituto interdisciplinario de Estudios de Género
(IIEGE), Centro de Estudios para el Cambio Social (CECSO).
Buenos Aires, Argentina

Resumen

Con este artículo buscamos contribuir a pensar la relación entre sujeto cognoscente y objeto de estudio, en el campo de los estudios sobre masculinidades. Recuperando los aportes de las epistemologías feministas contemporáneas, proponemos la inclusión de una perspectiva parcial y situada, identificando algunos obstáculos epistemológicos ligados al *habitus* masculino. Ubicamos en el acercamiento a las teorizaciones y prácticas feministas, algunos "antídotos" necesarios para distanciarnos de la mirada masculinista del mundo, entendiendo la transformación de nuestras subjetividades y prácticas generizadas como condición necesaria para la producción de conocimientos que aporten a la transformación de las relaciones sociales de poder.

*Estudios sobre Masculinidades – Habitus
Masculino – Androcentrismo - Epistemología
Feminista – Reflexividad.*

Abstract

With this article we seek to contribute to think the relationship between knower and object of study in the field of masculinities studies. Retrieving the contributions of contemporary feminist epistemologies, we propose the inclusion of a partial and situated perspective, identifying some epistemological obstacles related to male *habitus*. We identify in the approach to feminist theories and practices, some "antidotes" needed to get away from the masculinist outlook of the world, understanding the transformation of our gendered subjectivities and practices as a necessary condition for the production of knowledge that contributes to the transformation of social power relations.

*Masculinities Studies – Male Habitus –
Androcentrism – Feminist Epistemology -
Reflexivity.*

¹ Recibido 27 de febrero de 2013, Aceptado 30 de Marzo de 2013

² Lic. en Ciencia Política. Doctorando en Ciencias Sociales
(UBA-Conicet). lucho_fabbrí@yahoo.com.ar

Introducción

Con este artículo buscamos aportar a la *reflexión epistemológica*, ética y política sobre la relación entre sujeto cognoscente y objeto de estudio, focalizando nuestro análisis en el caso particular de los “varones” que realizamos investigaciones en el área de los estudios de géneros y feministas, y particularmente en los denominados “estudios de las masculinidades”.

Estas consideraciones están enmarcadas en lo que Irene Vasilachis de Gialdino denomina *reflexión epistemológica*, a través de la cual intenta dar cuenta de las dificultades con las que el que conoce se enfrenta cuando las características de aquello que intenta conocer son inéditas o, cuando aún no siéndolo, no pueden ser, en todo o en parte, registradas, observadas, comprendidas con las teorías y/o conceptos existentes y las estrategias metodológicas disponibles (2006).

Al hablar de “varón”, entre comillas, pretendo distanciarme de una concepción esencialista, anclada en una supuesta caracterización biológica o corporal, así como también, de una concepción totalizante que supone, en función de la experiencia, al varón o los varones, como sujetos transparentes, homogéneos y unívocos.

En primer lugar, propongo problematizar brevemente la denominación de “estudios de masculinidades”, que suele identificar, reproduciendo una asociación de sentido común, a las “masculinidades” con los “varones”, abriendo el debate sobre otras posibles formas de denominación de este campo de estudios.

En segundo lugar, quisiera problematizar, recuperando aportes de la epistemología feminista contemporánea, la escisión cartesiana entre sujeto y objeto, entendiendo a la misma como constitutiva de una forma de conocer androcéntrica y colonial.

En tercer lugar, quisiera dejar planteadas, algunas reflexiones sobre cómo algunas de las coordenadas de la socialización masculina en una posición de género dominante pueden afectar la producción de conocimiento.

Ello, sin pretensión de generalizar esta mirada como “punto de vista de los varones”,

como si estos fuésemos sujetos homogéneos, sino como advertencias a tener presentes en el proceso de reflexividad de nuestro quehacer científico en tanto “varones”.

No considero que estas coordenadas de socialización tengan consecuencias inevitables en nuestras experiencias de ser “varones” en una sociedad patriarcal, ya que ello nos conduciría a una sentencia determinista, o como afirma Nuñez Noriega, a ser “incapaces de romper el cerco epistémico de la sociedad patriarcal (...) y a la imposibilidad de dejar de ser cómplices de la dominación social sobre las mujeres como género” (2004).

Es precisamente en el sentido contrario que, en cuarto y último lugar, retomo de Thiers Vidal algunos de los “antídotos” posibles a incorporar por parte de los “varones” para así erosionar aquellos rasgos de nuestro “habitus masculino” devenidos episteme.

Sobre los “estudios de masculinidad/es” y sus efectos no deseados.

En este primer apartado quisiera problematizar, brevemente, cuál es el objeto de estudio de los llamados “estudios de las masculinidades”, y partir de ello, re-pensar su denominación.

Retomando a Rodrigo Parrini (2008), en un texto tan breve como incisivo, denominado “*¿Existe la masculinidad? Sobre un dispositivo de saber/poder*”, vale preguntarnos sobre la especificidad de estos estudios: a saber, las masculinidad, o en su plural, masculinidades.

Según Parrini al preguntarnos por el significado de estudiar la masculinidad “la respuesta clásica ha sido: estudiar la masculinidad es investigar a los hombres”. En esta afirmación se sustenta la hipótesis del autor acerca del carácter retrasado de este campo de estudios respecto a los estudios de género, feminista y queer, afirmando que “mientras el feminismo y los estudios de género atienden a un sistema de relaciones, múltiple y polimorfo, los estudios de masculinidad se preocupan de una categoría, de un elemento discreto” (2008).

Y también nos provoca a considerar algunos de sus efectos políticos:

- a) La reproducción del binarismo de género.

- b) El sostenimiento de la división masculinidad/feminidad, que según el autor “no asume los devastadores cuestionamientos que ha sufrido el concepto de identidad, la complejización del estudio de la subjetividad y la centralidad que ha adquirido la dilucidación de las relaciones de poder que conforman cualquier objeto que se relacione sean con el sexo, el género o con ambos” (Parrini, 2008).
- c) La asociación entre masculinidad y varón, u hombre, en una operación que permanece anclada en lo que Foucault denominó “sexo verdadero”. De esta forma se reproduce la identificación entre sexo y género, constituyéndose la masculinidad en atributo exclusivo y naturalizado de los “varones”, e invisibilizando la existencia de otras identidades sexo genéricas que construyen sus formas de ser y estar en el mundo desde una noción de masculinidad, sin haber sido asignadxs³ como “varones” al nacer, y quizás también, sin nunca autodefinirse como tales.

En este sentido, nos encontramos con tres problemas.

Primero, si el “estudio de la masculinidad” tiene por objeto el estudiar a los “varones”, su nombre en tanto campo no lo da por supuesto, y si lo hace, es desde un subtexto de género que bien vale la pena sea interrogado.

Segundo, aunque pueda ser obvio para algunxs, el estudio de los “varones”, debe ser abordado desde una perspectiva relacional, y contextualizado en el sistema de relaciones de poder en el que se enmarca; a mi entender, el Patriarcado. Aunque esto sea generalmente aceptado, y aún cuando el concepto de Patriarcado sea comúnmente mencionado, no pocas veces nos encontraremos con estudios sobre los varones que se sustraen (a los varones como objeto, pero también a los

varones como sujetos cognoscentes) de las relaciones desiguales de poder en las que cobran materialidad, focalizando el análisis en el “varón” como sujeto autocentrado, en sus padecimientos y miserias.

En tercer lugar, si el objeto concreto de estos estudios somos los “varones”, va siendo hora de que hagamos el esfuerzo de definir de qué hablamos cuando hablamos de “varones”. En este sentido, recuperamos la reflexión de Nuñez Noriega (2004) sobre la necesidad de un análisis constructivista que permita alertarnos que

El concepto de hombre es una convención de sentido que produce efectos materiales que son utilizados como evidencia de la naturalidad y transparencia del concepto, en una circularidad que se convierte en una profecía que se cumple a sí misma. De la misma manera, la masculinidad o lo masculino no son esencias de las cosas o las personas, son maneras de significar objetos, cuerpos, acciones, subjetividades, relaciones. Llorar no es masculino ni femenino en sí, es masculino o femenino en el marco de ciertas convenciones de sentido y de ciertas disputas alrededor. Por eso resultan tan interesantes los “estudios de las masculinidades”, porque intentan dilucidar la manera en que particulares comunidades de sentido y en particulares contextos se negocian, se asignan o disputan los significados de género. Si no entendemos el carácter inicialmente simbólico del género, corremos el riesgo de hacer de los “estudios de las masculinidades” el proceso de construcción de un catálogo de cosas, cualidades, actitudes o relaciones masculinas (Noriega, 2004).

Por todo ello, pienso que sí los “estudios de las masculinidades” se proponen investigar a los varones en sus relaciones de género, ello no queda claro en su denominación. En ese sentido, comparto con otrxs investigadorxs la inclinación a pensar los estudios sobre los varones en el marco de los estudios de género o feministas, poniendo el énfasis en su dimensión socio-construida, relacional y política, y no en los rasgos que definen a la/s masculinidad/es como atributo de inexorable de un cuerpo sexuado.

³ Utilizo la letra “x” (lxs) para hacer referencia a las distintas identidades de género existentes. Tanto el @ (l@s) como el uso de las terminaciones en a u o (las/los) pueden servir para hacer referencia a los sexos masculino y femenino, pero no contemplan las identidades transexuales, intersex, travestis u otras ya existentes o por existir. A la vez, para aquellxs que sostienen el lenguaje sexista amparadxs en la economía del lenguaje (según la cual hacer referencia a ambos sexos sería demasiado desgaste) esta alternativa de escribir con “x” podría ahorrarles un problema, y de no ser así, podría al menos servir para relativizar la validez de su argumento.

Miradas sin cuerpo. Investigando desde ningún lugar y desde todas partes.

Decía en la introducción, que en segundo lugar, quisiera problematizar, recuperando aportes de las epistemologías críticas, feministas y decoloniales, la escisión cartesiana entre sujeto y objeto, entendiendo a la misma como constitutiva de una forma de conocer androcéntrica y colonial.

Una característica central de la producción de conocimientos colonial patriarcal es la elusión de localizar su mirada, en una operación de abstracción tal que el sujeto cognoscente se pretende fuera de escena, mecanismo a través del cual se fortalece la pretensión objetivista con la que “La Ciencia” disciplina al conocimiento. Detrás de ésta operación reside la distinción cartesiana entre sujeto y objeto.

El énfasis en el contexto de justificación de la investigación, en la objetivación del problema y en el establecimiento de protocolos estandarizados de producción científica validada, es la contra-cara de la desaparición del contexto de descubrimiento; el lugar de enunciación del sujeto cognoscente y su relación con el fenómeno que se construye como “objeto a investigar”. Así, la objetivación del problema de investigación y el distanciamiento valorativo que se pretende de parte del sujeto investigador, se constituyen en las coartadas para ocultar que la producción de conocimiento es una relación social, y como tal, es también una relación de poder.

Las corrientes de epistemología crítica, con fuertes influencias del pensamiento feminista y decolonial, comienzan a interrogarnos sobre el lugar de enunciación de las teorías del conocimiento con pretendido valor universal, así Haraway señala

Quisiera insistir en la naturaleza encarnada de la vista para proclamar que el sistema sensorial ha sido utilizado para significar un salto fuera del cuerpo marcado hacia una mirada conquistadora desde ninguna parte. Esa es la mirada que míticamente inscribe todos los cuerpos marcados, que fabrica la categoría no marcada que reclama el poder de ver y no ser vista, de representar y evitar la representación. Esa mirada significa las posiciones no marcada de

Hombre y de Blanco, uno de los muchos tonos obscenos del mundo de la objetividad a oídos feministas en las sociedades dominantes científicas y tecnológicas, postindustriales, militarizadas, racistas y masculinas (Haraway, 1995).

Las referencias a “Hombre” y “Blanco”, nos conducen rápidamente a la reflexión en relación al Androcentrismo, dónde los puntos de vista de una parcialidad masculina, occidental, heterosexual y burguesa, se erigen como filosofía universal, con una pretensión objetivista que habla desde ningún lugar y desde todas partes, ocultando su lugar dominante en una relación asimétrica de poder.

Haraway (1995) atribuye a la tradición analítica aristotélica y al patriarcado capitalista blanco una lógica produccionista

Que transforma todo en un recurso apto para ser apropiado, en que el objeto del conocimiento no es más que materia para el poder seminal –el acto- del que conoce. Aquí el objeto garantiza y refresca el poder del conocedor (...) El mundo debe ser objetificado como cosa, no como agente. Debe ser la materia prima para la autoafirmación del único ser social en la producción del conocimiento, el conocedor humano (2005).

Coincidimos con Figari cuando dice que “uno de los aportes feministas más fértiles al objetivismo científico fue “situarlo”, es decir, mostrar la operación ideológica que supone esgrimir la noción de objetividad de la ciencia” (2011).

Entiendo que estas reflexiones nos invitan a un doble movimiento, que en el marco de las reflexiones epistemológicas de Vasilachis (2006) podríamos sintetizar como;

Epistemología del Sujeto Conocido; habilitando la “posibilidad de que el Sujeto Conocido sea el mismo tiempo una parte activa de la construcción cooperativa del conocimiento y una presencia no oscurecida o negada, sino integralmente respetada en la transmisión de éste” (2006). Si bien esta reflexión amerita un desarrollo más profundo y exhaustivo, nos conformamos con explicitar la necesidad de reconocer el carácter de agente activo que es reducida a materia prima de “nuestras” producciones en el proceso de objetivación.

Epistemología del Sujeto Cognoscente; “centrada en el sujeto que conoce ubicado espacio-temporalmente, en sus fundamentos teórico-epistemológicos y en su instrumental metodológico” (2006).

Ubicamos en esta segunda tarea, la propuesta de Harding de situar al investigador/a en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio como forma de “evitar la posición objetivista que intenta ocultar las creencias y prácticas del investigador, mientras manipula las creencias y prácticas del objeto de investigación para poder exponerlo” (1987).

La clase, la raza, la cultura, las presuposiciones en torno al género, las creencias y los comportamientos de la investigadora o el investigador mismo, deben ser colocados dentro del marco de la pintura que ella o él desean pintar (...) Así, la investigadora o el investigador se nos presentan no como la voz invisible y anónima de la autoridad, sino como la de individuo real, histórica, con deseos e intereses particulares y específicos” (Harding, 1987).

Este posicionamiento subjetivo, que es considerado un sesgo por aquellas corrientes que establecen la neutralidad valorativa como pre-requisito para el quehacer científico, son desde la perspectiva del *conocimiento situado*, un aporte fundamental a la construcción de una objetividad feminista; “trata de la localización limitada y del conocimiento situado, no de la trascendencia y el desdoblamiento del sujeto y el objeto” (Harding, 1987).

Lo que al menos podemos es establecer un gesto crítico que reconozca precisamente una racionalidad posicionada que va a contar una historia desde algún lugar. No eliminamos así las jerarquías (la del propio conocimiento científico por ejemplo) sin embargo las dejamos al descubierto obturando la operación ideológica que sellaría como “la verdad” nuestro decir (Figari, 2011).

Según Harding (1987), y en consonancia con otros referentes contemporáneos de la epistemología crítica, la introducción de este elemento subjetivo al análisis incrementa de hecho la objetividad de la investigación, al mismo tiempo que disminuye el objetivismo que tiende a ocultar

este tipo de evidencia al público. Esta forma de “relación entre el investigador y el objeto de investigación suele denominarse como la “reflexividad de la ciencia social” (1987).

Así, de manera no tan perversa, la objetividad dejará de referirse a la falsa visión que ofrece trascendencia de todos los límites y responsabilidades, para dedicarse a una encarnación particular y específica. La moraleja es sencilla: solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva (Haraway, 1995).

El lazo generizado entre sujeto cognoscente y “objeto de estudio”.

Propuse en tercer lugar, dejar planteadas algunas reflexiones sobre cómo algunas de las coordenadas de la socialización masculina en una posición de género dominante pueden afectar la producción de conocimiento.

Generalmente, los cuestionamientos a la pretensión objetivista del conocimiento o bien invisibilizan el carácter sexuado y generizado de quien investiga, ubicando la problemática en el descentramiento respecto a la posición de clase o etnia, o bien se basan en las parcialidades de las mujeres feministas que reflexionan sobre el vínculo entre su posición de sujeta y su producción científica, recuperando el carácter político de lo personal en el campo de la producción de conocimientos. No casualmente, nos resultará de gran dificultad encontrar análisis análogos de parte de investigadores “varones” vinculados a los estudios de géneros, y aún más difícil será encontrar en estas reflexiones en campos disciplinares más hostiles a la implicación subjetiva.

Es en éste sentido que considero crucial problematizar(me) este vínculo, reflexionando sobre los obstáculos y resistencias asociados al *habitus* masculino.

Con este concepto Nuñez Noriega refiere a un *habitus*, esto es, a un conjunto de disposiciones duraderas de pensamiento, percepción, sentimiento y acción que actúa como matriz de las prácticas, que ha sido construido a través de una interiorización y corporeización de los discursos sobre el “ser hombre” y sobre “lo masculino” en una

determinada sociedad, en el marco de una socialización de género (2006).

Un ejercicio de profunda reflexividad nos debería permitir ver cómo nuestras trayectorias de vida hechas *habitus* impactan sobre las particulares maneras de intervenir en el campo científico en específico. La encarnación de una episteme supone, como explica Cabrera (2010), la interacción entre *tecnología del ser disciplinar*, y el *ser-del-mundo* en tanto pertenencia ontológica.

Si bien es claro que la mirada androcéntrica no es exclusiva de los “varones”, seguimos a Thiers Vidal cuando afirma que, “analizar los efectos de la producción social sobre la producción de saber puede tener repercusiones importantes sobre el imaginario masculinista del sujeto cognoscente neutro, autónomo y racional que niega toda particularidad ligada a la vivencia masculina” (2002).

Veamos entonces algunos de los aspectos centrales de aquel *habitus masculino*, para esbozar así un análisis de su influencia en la particular configuración de la relación epistemológica sujeto/objeto, cuando nos referimos a sujetos “varones” que investigamos en el campo de los estudios de género.

Partiendo de advertir sobre el riesgo de la generalización universalista, que invisibiliza las múltiples posiciones de sujetos que hacen a la configuración singular de un individuo, recurrimos al concepto de masculinidad hegemónica (MH), en tanto posibilita dar cuenta de la “organización específica **predominante** de las subjetividades masculinas” (Bonino, 2004 – resaltado mío).

Según Luis Bonino “Esta masculinidad define una posición social superior para los varones y actúa como un conjunto de mandatos sociales propuestos como modelos de ser, estar y hacer que las figuras de socialización transmiten intergeneracionalmente, convirtiéndose en creencias matrices organizadoras de la subjetividad masculina” (2004).

De modo análogo a lo que sucede en otras estructuraciones entre dominantes y dominados, la pertenencia al grupo poderoso produce sujetos “centrados en sí (autocentros)” y viviéndose como el centro de referencia, considerando naturales su mayor

apropiación de derechos y prerrogativas que por ello se hacen invisibles a sus ojos (...) hipervalorando sus propios sufrimientos y minusvalorando el sufrimiento producido a las mujeres” (Thiers Vidal, 2002).

Esto produce una característica fundamental en el relevamiento de los propios obstáculos y resistencias al cambio igualitario, y es el denominado déficit de empatía, que “impide percibir a la mujer como otro sujeto (como él) lo que facilita su inferiorización y no aceptación de la validez de sus demandas” (Bonino, 2004).

Podemos advertir que la resistencia a analizar las relaciones sociales en términos de poder, muchas veces presente en los denominados “estudios de las masculinidades” realizados por “varones”, es el mecanismo que nos posibilita centrar la mirada en nosotros mismos, hablar de los propios sufrimientos, tematizar los roles en los cuales los “varones” también aparecemos como “víctimas”, o simplemente en los que otros “varones”, pero nunca nosotros mismos, aparecen como victimarios.

Así es como el Androcentrismo encarnado en los “varones comprometidos” se traduce en egocentrismo político, en opinión de Thiers Vidal,

La evocación de las relaciones entre mujeres y varones lleva a estos últimos a hablar de sus vivencias personales excluyendo progresivamente la vivencia de las mujeres concretas en sus propias vidas. El feminismo funciona entonces como una herramienta terapéutica destinada a mejorar la calidad de vida masculina: los varones utilizan el análisis feminista para transformar su vida en el sentido de mayor bienestar; si esto no funciona, entonces rechazan el feminismo (2002).

La defensa de los propios intereses y del grupo social de pertenencia, la progresiva exclusión de la vivencia oprimida de las mujeres y el rechazo a empatizar con las mismas, se constituyen así en un obstáculo central a la producción de saberes pertinentes sobre las relaciones de género por parte de los investigadores varones.

A esto debemos sumar la influencia de las valoraciones asimétricas producto de la

posición social que ocupamos en la sociedad jerarquizada. Según Thiers Vidal (2002),

En ésta asimetría se encuentra el salto cualitativo epistemológico que representa la valoración a partir de la vivencia de las mujeres: ellas construyen una valoración importante, consciente y relacional, informada por la vivencia de opresión permanente, que implica una dinámica de opresión, mientras que los varones construyen una valoración no relacional, que concierne a los medios de la opresión centrada en sí mismos y donde la vivencia de las mujeres está casi ausente. Esta asimetría de valoraciones pre-políticas, elementos constituyentes de maneras de ser/estar en el mundo generizadas, permite comprender mejor la persistencia del desfase de género entre feministas y varones comprometidos y el enlace de género entre sujeto cognoscente y objeto del conocimiento” (2002).

Estas reflexiones en torno al egocentrismo masculino y sus consecuencias en el plano de la producción de conocimiento, nos permiten identificar algunas características del *habitus masculino* que operan como desventajas epistemológicas en la investigación desarrollada por varones.

Transformar para producir, producir para transformar.

El reconocimiento del terreno de antagonismos sociales y epistémicos en los que como “varones” nos encontramos habitando, nos permite afirmar que la tarea de producir conocimientos transformadores de las relaciones intergenéricas no puede encontrarse escindida de las transformaciones que precisamos realizar en el plano subjetivo y en nuestras prácticas sociales.

Esta implicación ya no se presenta sólo en tanto plus que permitiría profundizar en el plano de la reflexividad del propio investigador en caso de ser deseable, sino como condición indispensable para la generación de conocimiento no androcéntrico desde una posición social dominante.

El acercamiento, comprensión y estudio de las teorizaciones feministas constituyen un aporte sustancial en ésta tarea, en tanto posibilitan un cuestionamiento intelectual de la

visión masculinista del mundo, provocando un progresivo distanciamiento de las relaciones de complicidad con “el club masculino”. Este proceso no está exento de resistencias, y las mismas también se constituyen en sesgos a la hora de investigar.

Juan Guillermo Figueroa (2011) nos recuerda la pertinencia de recuperar la distinción de Ortega y Gasset a propósito de las ideas y las creencias; “en su apreciación las ideas son los conocimientos que adquirimos vía la razón, las explicaciones y la coherencia de los argumentos, mientras que las creencias son nuestros supuestos, es decir, los parámetros con los cuales accedemos al conocimiento de la realidad, al ordenamiento de la misma y a su valoración”.

De acuerdo con éste autor, a “las ideas las tenemos, mientras en las creencias estamos”, por lo que éstas últimas, de carácter “arracional”, no requieren de la razón para ser aceptadas y por tanto tampoco será suficiente con ella para cuestionarlas. Esto viene a cuenta del aporte, pero también del límite que supone una aproximación meramente intelectual al feminismo.

Como explica Figueroa (las creencias) más bien necesitan de otra creencia con la misma validez o con una validez cercana para poder ocupar su lugar, pero siempre dentro de procesos complejos, contradictorios e incluso dolorosos. La complejidad del cuestionamiento se debe a que visitar las creencias es cuestionarse a sí mismo, es cuestionar la historia personal, es cuestionar los ojos con los que se ha visto y se ha ordenado la realidad, pero no únicamente a nivel teórico, sino en aspectos muy prácticos, cotidianos y existenciales (2001).

Esto nos conduce a un segundo nivel de compromiso en la tarea de transformar nuestro *habitus*; la participación de prácticas militantes feministas, y así desde la práctica, abrir la posibilidad de percibir las micro dinámicas opresivas que atraviesan las relaciones entre los géneros.

Lo anterior implica una repetición de abandonos momentáneos de los puntos de vista opresores a fin de hacer un lugar intelectual y afectivo más importante y más permanente de los puntos de vista oprimidos. Y es precisamente este descentramiento –el

renunciamiento al egocentrismo— lo que permite sobrepasar los modos de compromiso limitados ligados a una comprensión puramente intelectual de las teorizaciones feministas. El reconocimiento a un nivel empírico de la vivencia oprimida de las mujeres, un análisis basado en la empatía neutraliza las resistencias masculinas a las teorías feministas y abren la vía a una implicación de otra naturaleza, más comprometida, en el estudio de las relaciones sociales de sexo (Thiérs Vidal, 2002).

La aproximación intelectual a las teorizaciones feministas, y fundamentalmente el compromiso práctico y afectivo con sus luchas, son condiciones del largo trabajo de toma distancia del sentido masculinista.

Progresivamente estos vaivenes permiten al sentido feminista volverse la perspectiva de interrogación del objeto de investigación (...) Examinando todos los aspectos del modo masculino de actuar, de ser en el mundo y de ver el mundo bajo el ángulo de los beneficios que los varones obtienen de su relación con las mujeres, los varones investigadores comprometidos pueden analizar el poder en su dimensión generizada. Es, entre otras cosas, únicamente luego de efectuar esta ruptura que pueden igualmente movilizar su valoración pre-política en lo que conciernen a las técnicas empleadas por los varones para oprimir a las mujeres apoyándose sobre sus propias experiencias, sentimientos y percepciones. Es en este momento que la reflexión se vuelve realmente anti-masculinista y que puede aportar los elementos sobre la manera en la cual los varones instrumentalizan a las mujeres (Thiérs Vidal, 2002).

Como nos advierte Thiérs Vidal; “sólo un trabajo teórico, político y personal sobre este aspecto de la subjetividad masculina permitirá romper el lazo con el grupo social de los varones y elaborar una conciencia antimasculinista” (2002).

Consideraciones finales

A partir de la problematización del campo de los estudios de las masculinidades y su objeto de estudio, buscamos interrogarnos acerca del subtexto de género que atraviesa su configuración en tanto campo problemático,

alertando sobre aquellos supuestos que anclan a estos estudios en un estadio conceptual y epistemológicamente retrasado respecto a ciertos avances realizados por los estudios de género, feminista y queer.

Desde de los insumos recuperados de las corrientes contemporáneas de la epistemología feminista, situamos la pretensión objetivista del conocimiento positivista, androcéntrico y colonial, posibilitándonos valorar la inclusión de una perspectiva parcial y situada en la configuración de una objetividad feminista.

De esta manera, nos aproximamos al lazo generizado entre sujeto cognoscente y objeto de estudio, para el caso de los varones que investigamos sobre relaciones sociales de género con el objetivo de aportar a su transformación en un sentido igualitario, identificando algunos obstáculos ligados a nuestra socialización masculina en una sociedad patriarcal.

Por último, ubicamos en el acercamiento a las teorizaciones y prácticas militantes feministas, algunos “antídotos” necesarias para distanciarnos de la mirada masculinista del mundo, entendiendo el carácter indispensable que tiene la transformación de nuestras subjetividades y prácticas generizadas como condición necesaria para la producción de conocimientos que aporten a la transformación de las relaciones sociales opresivas.

Bibliografía

- Bonino, L. (2004). Obstáculos y resistencias masculinas al comportamiento igualitario. Una mirada provisoria a lo intra e intersubjetivo. Artículo presentado en *Séminaire international Les hommes en changements: les résistances masculines aux changements dans une perspective d'égalité*. Francia, Febrero 2004. Recuperado de <http://www.luisbonino.com/PUBLI01.html>
- Cabrera, P. (2010). Volver a los caminos andados. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, nro. 1, 2010, pp.54-88. Recuperado en http://www.antropologiadelasubjetividad.com/trabajos_investigacion_paulacabrera.htm
- Figari, C. (2011). Conocimiento situado y técnicas amorosas de la ciencia. Tópicos de epistemología crítica. En *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. En proceso de evaluación.
- Figueroa, J. (2001) Los procesos educativos como recurso para cuestionar modelos hegemónicos masculinos. En *Diálogo y Debate de Cultura Política*, Centro de Estudios para la Reforma del Estado. Año 4, Núm. 15-16, pp. 7-32. México.

Haber, A. (2011). Nometodología payanesa. Notas de metodología indisciplinada. En *Revista Chilena de Antropología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Núm. 23, primer semestre, pp. 9-49.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La Reinención de la Naturaleza*. Madrid, Cátedra.

Harding, Sandra (1987). ¿Existe un método feminista? En Sandra H. (ed.) *Feminism and Methodology*. Traducción de Gloria Elena Bernal. Recuperado en <http://www.cholonautas.edu.pe/modulos/biblioteca2.php?IdDocumento=0551>

Núñez, G. (2004) Los "hombres" y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de los "hombres" como sujetos genéricos. En *Desacatos*. Núm. 15-16, Otoño-Invierno 2004, pp-13-32.

Parrini, R. (2008). ¿Existe la masculinidad? Sobre un dispositivo de saber-poder. Colegio de México. Recuperado en <http://generomexico.colmex.mx/Parrini.jsp>.

Thiéri, L. (2002). De la masculinidad al antimasculinismo. Pensar las relaciones sociales de sexo a partir de una posición social opresiva. En *Nouvelles Questions Féministes*. Vol. 21, nº 3, pp. 71-83, Diciembre 2002. Traducción Pilar Escalante. Sin editar.

Cómo citar;

Fabbri, L. (2013) Masculinidad y producción de conocimiento no androcéntrico. Interpelaciones de la epistemología feminista, *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, 5, Abril, pp. 36-44.